

el representado por la revolucion de 89, como el que representaron Luis XVI y Richelieu; en fin, como todos los principios que han dominado aquella sociedad, representante siempre de las necesidades morales de la Europa? ¿O debia creer que la desaparicion de un trono sustentado por cien generaciones era un acontecimiento vulgar arrojado en medio de los acontecimientos humanos, sin mas causa que una infraccion á la ley, sin mas consecuencias que una mudanza de personas? No: la Europa no debia creerlo así; porque ni la Europa ni el sentido comun conciben un hecho contrario á todos los antecedentes de la historia, que es la humanidad idéntica siempre consigo misma en medio de la diversidad de sus revoluciones: pero la Diplomacia lo creyó, y todos han visto las consecuencias de sus principios en las dos naciones que fueron el teatro de su triunfo: sus consecuencias en la política general del Mediodia no han sido menos desastrosas.

Declarando la Francia que ella no se pondria á su frente, la Francia de julio no solo abdicó su poder y renunció á su corona, sino que faltó á una obligacion moral, sagrada para los pueblos como para el hombre. El Mediodia la habia mirado siempre conduciendo su marcha por medio de los siglos, expresando sus necesidades como sus ideas, y extendiendo su dominacion por medio de la inteligencia ó por medio de las armas. ¿Era moral su desercion, en el momento en que el Norte gravitaba sobre el Mediodia con todo el peso de su unidad irresistible? La Francia tenia el derecho de renunciar á su gloria por respetar el tratado de Viena: ¿pero tenia el derecho de sacrificar á la Diplomacia una hecatombe de pueblos? El Mediodia se encontró sin un principio. El de la restauracion habia ya naufragado: la revolucion de julio no ha podido formular el que debia sucederle. No gobernado por un principio, yo no encuentro el Mediodia, sino naciones meridionales, abandonadas á su individualidad y sumergidas en el caos. La Diplomacia, creyendo que hace marchar á las naciones, las ha hecho retrogradar hasta los siglos medios. Pasando la confusion de las cosas á las palabras, el lenguaje de este siglo será ininteligible para la posteridad. A la Bélgica se la llama independiente, cuando lo recibe todo de manos

extrangeras: á la Francia poderosa, cuando se somete á un tratado que causó su ignominia, y cuando renuncia la presidencia en el banquete de los pueblos: á la Inglaterra sagaz, profunda y previsora, cuando los Dardanelos se cierran á su pabellon. Todos los principios, todos los elementos coexisten en el Mediodia de la Europa, como coexistian en la confusion anárquica de la edad media; D. Miguel y Luis Felipe; Brougham y Calomarde: dentro de los muros de una misma ciudad, aquí se afila la espada del republicano, y mas allá la cuchilla del verdugo: entre tanto, la Diplomacia cree que ha constituido la sociedad, y se admira en sus combinaciones.

Pero el filósofo puede preguntar: ¿es este el camino que conduce á una regeneracion, ó el que conduce á una anarquía? Estos síntomas, esta confusion, estas oscilaciones, ¿anuncian una nueva aurora, ó son precursores de muerte? Y sobre todo, con estos elementos heterogéneos y encontrados ¿podria el Mediodia resistir á las invasiones del Norte? Sin un principio que le guie ¿podrá ser uno jamás? Y si la hora del combate sonara para las naciones ¿quién conduciría á las del Mediodia de Europa á las orillas del Rhin? La Francia ha renunciado á su mision, ¿quién saltará á la arena para levantar la maza de Hércules que debe herir al coloso? Cuando el hombre de bien, cuyo corazon arde con el amor de la humanidad y de su patria, busca la resolucion de este problema espantoso, el porvenir se presenta ante él cubierto con un velo funebre, y cree marchar sobre el borde de un abismo, ó el de un inmenso sepulcro.

Pero á lo menos el tratado de Viena al que todo se sacrifica, ¿tiene una existencia asegurada? ¿Pueden crecer á su sombra las naciones? Polonia responderá desde su tumba: la Bélgica tiene una existencia que su soplo de vida no la ha comunicado. La Suiza, cuya neutralidad él declaró sagrada, teme en este momento por su territorio amenazado de extrangeros que le cercan. El tratado de Viena es un fantasma: pero sobre sus ruinas ningun principio se ha proclamado, que pueda reunir bajo de su bandera los restos de este naufragio social, estableciendo su armonía. La Europa de julio es un gran cometa, que arrojado por una revolucion de su ór-

bita, fluctúa vacilante en el vacío, y que, fuera de todo sistema planetario, marcha sin dirección y sin concierto á una segura ruina, si la mano de Dios no le detiene, y no vuelve á trazarle su carrera.

Pero á lo menos si los pueblos perecen ¿podrá salvarse el trono de julio? Un orador filósofo ha dicho en la cámara francesa, que treinta y dos millones de hombres no pueden hacer un rey: esta verdad es profunda: ella quiere decir que jamás la fuerza puede crear el poder: que jamás el derecho puede nacer de un hecho que otro hecho destruirá; que la legitimidad, en fin, es necesaria á los reyes. Pero esta palabra de que se ha abusado tanto, merece que se la explique. La legitimidad aplicada á una acción particular, es la conformidad de esta acción con las leyes positivas. La legitimidad aplicada á un soberano, es la conformidad de sus acciones públicas con la justicia, que si bien es siempre una, no por eso deja de ser diversa en sus aplicaciones á las sociedades modificadas por los siglos. En cada época de la historia la justicia está representada por el principio llamado á la dominación, que es la expresión viviente de la armonía entre el derecho absoluto y las necesidades sociales: el poder que representa este principio, el que conserva esta armonía, es el solo legítimo sobre la tierra. El poder de un conquistador puede ser legítimo, si representa aquel principio dominante; pero su legitimidad no nacerá de la fuerza, sino del principio encarnado en él: aquella misma fuerza que le condujo al trono no era suya, sino de la sociedad, que, como poseedor de aquel principio, supo regir y comprender.

Considerada bajo este aspecto, la legitimidad de Carlos X no pasó, sino cuando dejó de ser legítima, si puede decirse así: es decir; que no pasó sino cuando apoyándose en un principio absoluto, dejó de recibir las modificaciones de los siglos, que son la condición necesaria de su existencia. En el mundo no hay mas que una legitimidad absoluta; esta existe sin duda en Dios: pero solo en Dios existe. Los reyes, que se proclaman revestidos de un derecho divino, no saben que al absurdo añaden la blasfemia; y sobre todo, no saben que los pueblos castigan con mas severidad un absurdo,

que las leyes un crimen. El poder que no representa el principio dominante de la sociedad, no solamente es ilegítimo, sino que tambien es débil: no comprendiendo á la sociedad, no puede electrizarla, haciendo que se realizen como por encanto todas sus exigencias: no puede llamar hácia sí todas sus fuerzas vitales; y no teniéndolas en su mano para construir la fuerza pública, ellas se agitan sin dirección y sin sistema, y producen los trastornos y las revoluciones. Si el trono de Francia sigue apoyado en un hecho, y no se apodera de un principio, su existencia será efímera y borrascosa; y cuando llegue á desaparecer, habrá desaparecido para siempre.

Pero la Diplomacia, que, sometiendo el principio que debia gobernar el Mediodia al tratado de Viena que por todas partes se retira de la escena del mundo, ha hecho imposible la existencia de una unidad compacta que pueda resistir á la del Norte; que ha desmoralizado la sociedad y debilitado los tronos, no por eso se considera vencida, y cree que apoyándose estos en los intereses materiales de las clases del Estado, y armonizando á los pueblos por medio de sus intereses materiales recíprocos, podrá encontrarse esa unidad que se busca; y que con ella el Mediodia podrá inclinar á su favor la balanza. ¡Vana ilusión! La tendencia de todos los intereses materiales es á complicarse y subdividirse: su efecto, individualizar y disolver. Una sociedad no puede estar fundada sobre ellos; porque la movilidad de sus transformaciones solo puede producir una agregación momentánea, pero jamás una sociedad permanente. La sociedad no existe sino entre las inteligencias: la lucha no existe sino entre las necesidades. Por eso una idea es un principio de cohesión; un interés, un principio disolvente. Por aquella pertenece el hombre á la humanidad; por este se pertenece á sí mismo: y solo por la coexistencia de estos dos elementos, pueden explicarse la libertad y el poder. Así la Diplomacia, invocando los intereses materiales para reorganizar la sociedad, la desorganiza y la disuelve. Arquímedes pedia una palanca para mover el universo: dadme á mí un principio, yo constituiré las sociedades.

Pero la Diplomacia que, como todo poder que perece, está condenada al absurdo, lejos de abandonar sus teorías, adopta todas sus

consecuencias ; y despues de haber renunciado á una lucha que tenia por objeto la libertad, arroja el guante del desafio en la cuestion del Oriente. Cuestion inmensa y que encierra en su seno el porvenir del mundo : cuestion inmensa, que la Diplomacia en su decrepitud no sabe resolver, ni aun puede concebir. Reduciéndola al cuadro mezquino de sus combinaciones, la considera como una cuestion de intereses materiales, y la adopta sin saber que es una cuestion que llamará á la arena todos los grandes principios, cuyos gérmenes se han desenvuelto en todas las épocas de la historia en el seno de la humanidad. ; Cómo ! los principios que con una fuerza irresistible se reproducen en todos los puntos del globo, que luchan igualmente en París y en Varsovia, en la antigua y poderosa Alemania y en el espirante Portugal : los principios, que, absorbiéndolo todo con su fuerza de asimilacion, aparecen en todas las cuestiones, por extrañas que les sean, que se revisten de todas las formas para combatir en todos los teatros, que fascinan todas las imaginaciones ; se retirarán de la escena, cuando todo un mundo se desploma, y un mundo que les dió el sér ? Los pueblos de la Europa se disputarán el trono vacante del Oriente, ; y los principios no se abrirán camino para dominar allí las sociedades ? Ellos, contemporáneos de los siglos, conocen mejor que los pueblos de la Europa aquellas vastas regiones, teatro un tiempo de sus mayores combates : allí todo recuerda sus triunfos, todo indica su dominacion : ellos nos dieron las instituciones de aquellos pueblos antiguos, nos han explicado su gloria : ellos nos llevarán sobre su tumba ; y mientras que nuestros ejércitos, huéspedes en aquellos lugares, se disputen una victoria que no pueden dar las armas, ellos y ellos solos engendrarán el porvenir. En vano la Diplomacia quiere arrojarlos del trono del mundo ; el mundo les pertenece : en vano los borra de sus tratados ; ellos están escritos en las frentes de los pueblos.

El Norte, que conoce mejor el valor de los principios, y que se alista bajo de sus banderas ; el Norte no piensa, como nosotros, que los intereses materiales deben presidir á sus determinaciones. El Austria olvida que tiene delante de sí á Constantinopla, y sacrifica á sus principios su interes : este sacrificio no es fanático, porque los

gabinetes ni tienen fé, ni pasiones : es el resultado de un cálculo profundo, que la hace concebir que el engrandecimiento de la libertad le seria mas funesto que el de la Rusia, porque las conquistas de un principio son mas absolutas, y sobre todo mas durables que las de la fuerza : ella sabe muy bien que un pueblo conducido por una idea que domina, es mas terrible que un pueblo conducido por una espada vencedora : en fin, ella sabe muy bien que en la cuestion de Oriente los principios aparecerán en primer término del cuadro, como en todas las cuestiones, con sola la diferencia de que se agitarán en un campo mas ancho, y en una escala mas grande. El Austria sabe todo lo que la Diplomacia ignora, y sofocando su individualizacion, se absorbe en la terrible unidad que nos aménaza, como un hábil general que se replega desde la vanguardia hasta en su espesa falange, para precipitarse sobre el enemigo con una fuerza irresistible. Cuando suene la hora del combate, el Norte levantará su voz, proclamará su principio, y está seguro de encontrar ecos que le respondan : mandará á sus águilas volar, y encontrará ejércitos que las sigan.

Yo creo que la cuestion de Oriente es solo una cuestion para la Diplomacia. Cuando el imperio otomano deje de existir, su trono no estará un momento vacío. Así la historia, que no nos ha pintado en sus páginas la desaparicion de un solo imperio sino precedida de grandes catástrofes y guerras sangrientas, contará á nuestros hijos que un mundo desapareció sin convulsiones. La Diplomacia puede felicitarse con el triunfo de sus filantrópicos sentimientos : ella habrá entonces llegado al límite de la civilizacion ; y la posteridad agradecida nunca elogiará bastante la inmensidad de su genio, y la profundidad de sus combinaciones.

Aunque esta es mi opinion particular, yo debo suponer la existencia de la crisis para juzgar de los medios que la Diplomacia tiene en su poder para resistir al Norte. Considerando esta cuestion como una cuestion de intereses materiales, ella podrá invocarlos en el momento del peligro ; pero los pueblos no responderán á su voz : el entusiasmo no se manda, y solo pueden producirle los principios. La libertad, la independendencia, la religion y la gloria han producido

todos los héroes, han inspirado á todos los conquistadores, han sostenido á todos los mártires : el interés no ha producido sino el letargo que adormece, y el egoísmo que mata. Todos los hombres, todas las naciones que han dejado una huella estampada en el seno de los siglos al través de su gloriosa carrera, han crecido á la sombra de aquellos principios regeneradores : ¿dónde se oculta el pueblo que ha hecho una cosa grande en nombre del interés ? La historia no le ha visto pasar, ni su nombre se encuentra en los archivos de la Diplomacia.

Si despues de haberla considerado en sus efectos en Bélgica, en París, en el Mediodia de Europa tal como ha salido de sus manos, en sus relaciones con el Norte, y en su posición con respecto á la cuestión de Oriente, echamos una ojeada sobre el vecino reino de Portugal, que puede considerarse como la expresión mas animada, la emanación mas pura del carácter de todas sus combinaciones, hasta el momento en que nuestras armas victoriosas le han dado una nueva vida, esta ojeada será lúgubre como la que se dirige sobre un vasto cementerio, en donde, evocados por las furias, lucharían al resplandor de fantásticas hogueras los huesos animados de razas que fueron enemigas, y que aun en la tumba conservan las convulsiones de su sangriento fanatismo con el sello de su reprobación. Nuestros ojos están familiarizados con la sangre, y acostumbrados á reposarse sobre estériles ruinas : nosotros hemos visto al despotismo y al crimen triunfar sobre la libertad y la virtud : hemos visto á la anarquía invadir las sociedades, á la disolución combatirlas y hacerlas retrogradar hasta el primitivo caos : nuestros ojos han visto la lucha de todos los elementos, y las tempestades no nos asombran : siempre en medio de su horror se ha escuchado alguna voz sublime; siempre en medio de su lucha ha aparecido alguna idea regeneradora, algun bello carácter que ha servido de protesta solemne contra la sangre derramada, y de inefable consuelo á la doliente humanidad : pero el espectáculo del embrutecimiento y del crimen entronizados en un pueblo, sin que se escuche una sola protesta en nombre de la civilización; el espectáculo de esa servidumbre silenciosa, de ese cielo sin una estrella, de ese abismo sin fondo, de ese

horizonte sin esperanza y sin luz ; ¡oh! ese espectáculo es desolante y horroroso para el hombre, como la idea de la nada, que no se atreve á concebir. Parece que la Providencia habia retirado su vista de ese pueblo, y le habia cubierto de una eterna noche, para que ofreciese el espectáculo del despotismo en toda su fealdad, y sirviese de una lección terrible á la Europa, que le ha contemplado con espanto. Hay algo de repugnante y de funesto en considerar á esa nación sola en medio de las demás naciones ; á ese destino cumpliéndose por sí solo, sin entrar en el cuadro de los destinos de la humanidad ; á ese pueblo que buscaba quien se pusiera á su frente, y le dirigiera en su embriaguez, y que encontrándose en su vértigo con un príncipe que las tempestades arrojan como una furia en medio de su carrera, le abrazó con convulsiones de bárbaro gozo, porque una voz interior le decia, como al que meditando un crimen mira aparecerse un asesino : ESE ES TU HOMBRE. — Y si dejando de considerar á ese hombre y á esa nación, echamos una ojeada sobre los vínculos que los unieron, estos vínculos no tenían nada de humanos : eran los que existen entre el asesino y el puñal : ellos no se formaron bajo los auspicios del cielo, sino bajo los auspicios del delito, que fué su númen ; y nuestro pecho se oprimía dolorosamente con su existencia, como si respirara en una atmósfera en que ha respirado un fratricida, en que se ha cometido un incesto, ó sobrecargada con los vapores de sangre que derramó una mano impía manchada con un crimen nefando. Al considerar el enlace de ese hombre con esa nación, nos parecia mirar á un monstruo abrazado con un esqueleto en el seno de un sepulcro.

Tal es el cuadro que ha ofrecido hasta poco há esa nación desgraciada, cuyos hijos, cubiertos de miseria y vegetando en el cieno de la degradación, no excitan en los que los contemplan sino el horror de su destino, y en cuya frente se descubre una mancha eterna de sangre, que se refleja de un modo espantoso sobre las naciones civilizadas, cómplices de sus crímenes y de sus extravíos, que no han sabido evitar.

Si el principio absurdo de la minoría en algunas naciones y de la tutela en otras, adoptado por la Diplomacia, puede aplicarse alguna

vez sin que su aplicacion sea un crimen, el estado de Portugal con respecto á los demas estados de Europa hacia no solamente disculpable, sino necesaria esta aplicacion en sus negocios interiores. El principio es absurdo, porque es tiránico; y es tiránico, porque se apoya en la fuerza. Se concibe bien que el poder social, creado para proteger al débil contra el opresor por medio de la fuerza pública depositada en sus manos, haya puesto á los débiles bajo la tutela de los fuertes; porque dominando con la fuerza pública á todas las fuerzas de los particulares, puede imprimirlas una direccion tutelar, remediar sus abusos y castigar sus extravíos. La tutela es justa en el derecho civil, porque la ley que la crea domina igualmente sobre el pupilo y el tutor: debiendo su origen á la fuerza de la ley, y no á la de los hombres, el principio se ennoblece con su origen, y la justicia y la humanidad le adoptan elevándole al rango de principio eminentemente conservador y social. La tutela, así considerada, impone una obligacion en el que la ejerce, y es un derecho en el pupilo, que encuentra una garantía suficiente en la responsabilidad que las leyes imponen sobre el tutor: pero este principio trasladado del código de las leyes civiles al de las leyes internacionales es monstruoso, tiránico y absurdo. Declarándose las naciones de primer orden tutoras de las pequeñas, se arrogan un derecho, cuando la tutela debe ser una obligacion: no estando limitado su ejercicio por una ley que represente una fuerza superior á la suya, su tendencia es siempre hácia la tiranía, porque es un poder sin responsabilidad: así la Diplomacia, confundiendo todos los principios y trastornando todas las relaciones, nos ha conducido al principio de la fuerza, único resultado de sus sublimes teorías, que no pueden dominar al mundo sino sumiéndole en el caos.

Pero á lo menos ¿será cierto que las naciones pequeñas, como los individuos menores, necesitan del apoyo de un tutor para la gestion de sus intereses, y la satisfaccion de sus necesidades sociales? ¿será cierto que les es negada la capacidad intelectual que necesitan para cumplir su destino? La historia desmiente en sus anales este sistema monstruoso, y se ha complacido en pintarnos á los estados pequeños ocupando un vasto espacio en el mundo por medio

de su inteligencia y de su actividad. Las pequeñas repúblicas de la Grecia dominaron al coloso que las absorbió, sujetándole al yugo de su civilizacion y de sus leyes, ya que no á la robustez de sus brazos y al imperio de sus armas. Cuando la Europa moderna aun estaba sumida en la barbarie, las pequeñas repúblicas de Italia anunciaron al mundo que iba á renacer la luz en aquella noche sombría: y cuando los grandes Estados que hoy están al frente de los destinos de Europa se fecundaban en el seno oscuro de un lejano porvenir, ellas se habian ya constituido en grupos pequeños, pero animados; y cuando aquellos aparecieron en su infancia, ellas rayaban en la virilidad. La razon, conforme siempre con la historia, nos enseña que en el mundo moral un todo es igual á otro todo; y que el Ser Supremo, al animar con su soplo de vida á las sociedades humanas, no ha contado los seres que se encerraban en ellas para condenar á las unas á una existencia imbecil, y depositar en las otras con el monopolio de la inteligencia el cetro de la dominacion.

Pero por desgracia la inteligencia y la justicia, que en el mundo moral dominan siempre, no dominan en las sociedades si no se apoyan en la fuerza. Sin duda el dominio del mundo es su destino, porque el destino del hombre es la perfectibilidad: sin duda las fuerzas vitales de los pueblos concluyen por servirles de instrumento y de apoyo en toda época considerable de la historia; pero hay momentos de vértigo para las naciones como para el hombre: hay momentos de fascinacion y de delirio, en que las fuerzas físicas sacuden el yugo de la inteligencia, pugnan por destronarla, y combaten á la sociedad, que en este sacrilego divorcio es arrastrada á la anarquía y condenada á la muerte. Pero como las sociedades están destinadas á no perecer jamás; cuando la inteligencia que debe dominar á un pueblo es rechazada por este pueblo delirante, ó por las fuerzas físicas de otro que se arroja en la balanza, puede llamar á sí las fuerzas físicas de otra sociedad que aun no haya sacudido el yugo de la civilizacion, para que la sirvan de instrumento contra el principio disolvente que tiene que rechazar, y que necesariamente tiene que sucumbir: porque si Júpiter permitió que los Titanes intentasen escalar el Olimpo, no les permitió sentarse en el banquete de los dioses: el